



Ministerios y funciones dentro de la asamblea litúrgica

Cada vez que nos congregamos como el Cuerpo de Cristo a celebrar la Eucaristía, ¡estamos haciendo lo que como bautizados ¡estamos llamados a hacer! El bautismo nos hace partícipes del sacerdocio de Cristo, esto nos permite ser uno en Cristo como ofrenda de sí mismo a Dios. Esta ofrenda que se hace por medio de la Misa no se realiza por nuestra propia iniciativa, es Dios mismo que actúa en y a través de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo resucitado. La liturgia es, de hecho, un don de Dios. La acción litúrgica llega a ser acción nuestra solamente en la medida de la entrega personal que hagamos a este misterio redentor. Cada vez que nos congregamos en la liturgia Eucarística, centro de la vida cristiana (*Instrucción General*, #16), lo hacemos porque nuestro bautismo nos llama y nos responsabiliza para dar culto a Dios nuestro Señor.

Diferentes capacidades, ministerios indispensables

Es la comunidad completa, Cuerpo de Cristo, unida a la Cabeza, que celebra la liturgia (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1140). Como Iglesia-Cuerpo de Cristo, todos tenemos una función necesaria e importante en la celebración de la Misa. San Pedro nos recuerda que “somos una raza escogida, participamos de un sacerdocio real, somos una nación santa y un pueblo redimido” (1 Pedro 2:9–10). En la celebración de la Eucaristía es donde la Iglesia es verdaderamente Iglesia porque Dios la ha redimido en Cristo, por eso podemos venir a congregarnos en su

presencia para dar gracias y alabanza a través de la oración de la Iglesia, que es la liturgia.

Todos los bautizados, toda la comunidad, todo el pueblo de Dios está unido con Cristo, pero algunos miembros de la Iglesia son llamados a dar un servicio especial a la comunidad en nombre de Cristo. Por medio del sacramento de Ordenes Sagradas, los sacerdotes y obispos hacen presente a Cristo como cabeza de la Iglesia. Son, de hecho “imágenes de Cristo”, el Único y Sumo Sacerdote (Hebreos 7:24), en medio de la asamblea.

Los sacerdotes y diáconos, unidos a su obispo, actúan siempre en comunión con él, quien es el pastor de la Iglesia local, su diócesis. El sacerdote actúa en la liturgia en persona de Cristo (ver *Lumen Gentium*, #10) ofreciendo la oración de la Iglesia, presidiendo la celebración, predicando la palabra de Dios y alimentando al pueblo con el Cuerpo y la Sangre del Señor. El diácono asiste al obispo y al sacerdote, sirve a los pobres y oprimidos y proclama el Evangelio del Señor.

Otros miembros del Cuerpo de Cristo, son llamados a servir en la Iglesia en sus obligaciones correspondientes. Las tareas no apropiadas al ministro ordenado, deben ser realizadas por los fieles laicos y ejercitadas por ellos en conformidad con su vocación laica.

Los *lectores* son llamados a proclamar la Sagrada Escritura en la primera y segunda lectura. El

Salmista, Cantor/a o *músicos* dirigen la asamblea elevando las voces en oración a Dios por medio de los cantos de alabanza. Los acólitos, monaguillos o *servidores* tienen la responsabilidad de asistir al sacerdote, al diácono y otros ministerios. Los *ministros extraordinarios de la Comunión* ayudan a distribuir el Cuerpo y la Sangre de Cristo cuando no hay suficientes ministros ordinarios presentes en la celebración. Los *ujieres* o *ministros de hospitalidad* dan la bienvenida a las personas que llegan a la celebración, distribuyen materiales (misalito, boletín o libro de cantos), hacen la colecta y brindan atención a las personas en caso de necesidad.

Estos ministerios litúrgicos y otros que no han sido mencionados son importantes, por lo tanto, los que los desempeñan tienen la responsabilidad de prepararse adecuadamente para llevar a cabo sus responsabilidades con reverencia, dignidad y respeto.

La celebración: Responsabilidad de todos los bautizados

La *Instrucción General* declara que “todos los ministros ordenados o fieles cristianos deben realizar solamente las tareas correspondientes a su función ministerial” (#91).

La celebración Eucarística es la actividad semanal más importante de todas y cada una de las parroquias. Ninguna otra cosa debería tener más prioridad en la vida de la comunidad parroquial. Debido a esta marcada importancia, cada parroquia debe dar una atención apropiada, cuidadosa y esmerada al entrenamiento, desarrollo, formación y preparación de las personas que ejercen estas funciones y ministerios.

Así mismo, la función principal y primordial de cada ministerio es la del servicio, no la de sentirse más importante que los demás. Si Jesús vino a servir y no a ser servido, entonces con mayor razón es que nuestra actitud ha de ser primordialmente una actitud de servicio a los demás dentro y fuera de la celebración, imitando a Cristo, que en su gran amor por

nosotros se inclinó a lavar los pies de sus discípulos. A esto es a lo que somos llamados como miembros del Cuerpo de Cristo.

Por otra parte, ¿qué se espera de todas las personas que no ejercen ninguna de estas funciones o ministerios en la celebración? La *Instrucción General* nos dice que todos los bautizados somos responsables del culto a Dios, como Iglesia. Por lo tanto, debemos hacer todo de todo corazón, con toda nuestra mente, nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Somos llamados a participar atenta, deliberada, conciente y activamente en la celebración litúrgica. La *Instrucción General* claramente nos dice que como Pueblo de Dios, adquirido con su Sangre, llamado y congregado por Dios, alimentado en su Palabra, “crece constantemente en santidad por su plena, conciente, activa y fructuosa participación en el misterio de la Eucaristía” (#5).

Todo esto significa que no solamente debemos estar presentes como observadores, sino que, debemos integrarnos y adentrarnos plenamente en la celebración. Nuestra acción de gracias y alabanza a través del canto y participación activa en las respuestas y oraciones que nos corresponden como pueblo de Dios en nuestras diferentes funciones y ministerios (ver *Instrucción General*, #91). Reflejamos a Cristo que dio ejemplo concreto de servicio lavando los pies a sus discípulos, que es en sí mismo la Palabra de Dios, que proclamó el Reino, que con un gran amor y fidelidad ofreció a Dios su propia vida, que oró a nombre de otros, especialmente por aquellos que no tenían quien intercediera por ellos.

Durante la liturgia — y de varias maneras — todos los que toman parte en la celebración unen sus intenciones y su amor al sacrificio de Cristo en la Cruz. Todos los que ejercen una función o ministerio particular reflejan a Cristo, que al final, instruyó a sus seguidores que imitaran su ejemplo de amor y servicio por los demás siempre y en todo lugar.